



# Contamos

Voces que transforman vulnerabilidad  
en resiliencia

Editorial Universidad de Sevilla



# Contamos

Voces que transforman vulnerabilidad  
en resiliencia



# Contamos

Voces que transforman vulnerabilidad  
en resiliencia



**Unidad para la Igualdad**  
Vicerrectorado de Servicios Sociales,  
Campus Saludable, Igualdad y Cooperación

**eus** EDITORIAL  
UNIVERSIDAD DE SEVILLA

Sevilla, 2025

Colección Textos institucionales  
Núm.: 121

COMITÉ EDITORIAL  
DE LA EDITORIAL UNIVERSIDAD DE SEVILLA

Araceli López Serena  
(Directora)  
Elena Leal Abad  
(Subdirectora)

Concepción Barrero Rodríguez  
Rafael Fernández Chacón  
María Gracia García Martín  
María del Pópulo Pablo-Romero Gil-Delgado  
Manuel Padilla Cruz  
Marta Palenque  
María Eugenia Petit-Breuilh Sepúlveda  
Marina Ramos Serrano  
José-Leonardo Ruiz Sánchez  
Antonio Tejedor Cabrera

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito de la Editorial Universidad de Sevilla.

© Editorial Universidad de Sevilla 2025  
Porvenir, 27 - 41013 Sevilla  
Tfños.: 954 487 447; 954 487 451  
Correo electrónico: info-eus@us.es Web: <https://editorial.us.es>  
© Rosa Casado Mejía y M.<sup>a</sup> Teresa Padilla Carmona (coordinadoras) 2025  
© De los relatos, sus autoras 2025

Fotografías: Carmen Belmonte, Carlota Díaz González, Ángela López González, Paula Palacios Jiménez, Ana Belén Vadillo Gil.

Fotografías de portada, contraportada y página 6: Ana Belén Vadillo Gil, de la serie *La geometría destructora de mi recuerdo desvanecido*.

Maquetación: Fernando Infante del Rosal

Proyecto: Unidad para la Igualdad. Vicerrectorado de Servicios Sociales, Campus Saludable, Igualdad y Cooperación. Universidad de Sevilla.

Colabora: Facultad de Bellas Artes. Universidad de Sevilla (Vicedecanato de Actividades Expositivas; Vicedecanato de Calidad y Estudiantes; la asignatura *Fotografía* del Grado en Bellas Artes con sus profesoras Mar García Ranedo y María Antonia Blanco Arroyo; Raquel Barrionuevo Pérez y Daniel Bilbao Peña).

ISBN 978-84-472-2792-1  
DOI <https://dx.doi.org/10.12795/9788447227921>

# Índice

|  |    |
|--|----|
| Prólogo  | 9  |
| Sara <i>¿Espacio de trabajo?</i><br>con fotografías de Paula Palacios Jiménez                | 12 |
| Laila <i>Historia de una princesa</i><br>con fotografías de Ana Belén Vadillo Gil            | 18 |
| Hija de Laila <i>Carta a mamá</i>  | 23 |
| Capella <i>Nunca nadie más abusará de mí</i><br>con fotografías de Carlota Díaz González     | 26 |
| Marta <i>Transformación</i><br>Fotografías de Ángela López González                          | 32 |
| Virginia <i>A veces parece que el mundo se para</i><br>Fotografías de Paula Palacios Jiménez | 36 |
| Irene <i>Las minucias</i><br>Fotografías de Carlota Díaz González                            | 40 |
| Séfora <i>En memoria de ellos</i><br>Fotografías de Paula Palacios Jiménez                   | 44 |
| Daniela <i>En busca de un futuro mejor</i><br>Fotografías de Ángela López González           | 52 |
| Dolores <i>Estás un poco nerviosilla, ¿no?</i><br>Fotografías de Carmen Belmonte             | 56 |
| Marina <i>Por ti, por todas</i><br>Fotografías de Ángela López González                      | 60 |



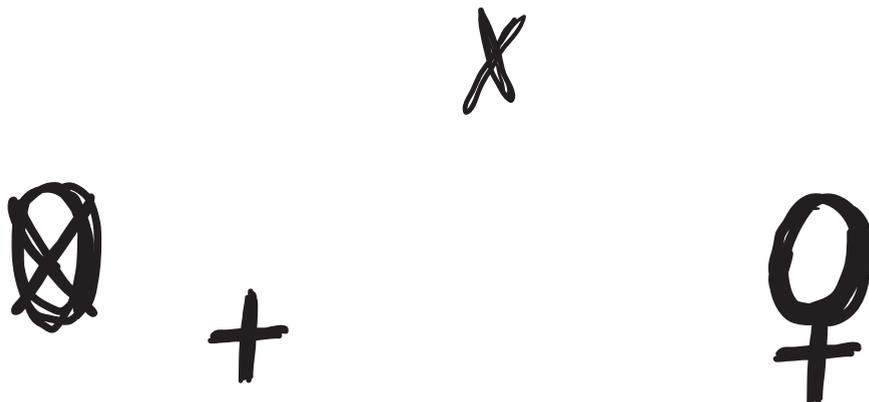
Rosa Casado Mejía  
M.<sup>a</sup> Teresa Padilla Carmona  
Ana M.<sup>a</sup> López Jiménez

# Prólogo

Aunque parezca que ya somos iguales, la igualdad real no se ha conseguido. Ser mujer es un factor de riesgo, nos hace susceptibles de ser acosadas, discriminadas, inferiorizadas, maltratadas. Si, además, el hecho de ser mujer se cruza con terceras circunstancias como provenir de otra cultura, tener distintas capacidades, orientación sexo-genérica o pertenecer a un grupo diferente, la vulnerabilidad se multiplica y se produce mayor discriminación y desigualdad. Las consecuencias: dolor, sufrimiento, desgarró, que son injustos e innecesarios.

En nuestra universidad, la Universidad de Sevilla, hay un compromiso explícito de tolerancia cero ante cualquier tipo de violencia, discriminación o acoso<sup>1</sup> y tenemos diversas herramientas y estrategias<sup>2</sup> con las que vamos avanzando hacia este horizonte.

- 
- 1 Normativa para la Prevención, Evaluación e Intervención en situaciones de Violencia, Discriminación y Acoso en la Universidad de Sevilla, aprobada en Consejo de Gobierno de 18 de diciembre de 2024.
  - 2 III Plan de Igualdad ([https://igualdad.us.es/wpblog/wp-content/uploads/2021/12/III-Plan-de-Igualdad-US\\_2022-2024.pdf](https://igualdad.us.es/wpblog/wp-content/uploads/2021/12/III-Plan-de-Igualdad-US_2022-2024.pdf)), Red de Referentes para la Convivencia y el Buentrato (<https://igualdad.us.es/wpblog/debes-conocer/red-de-referentes-para-la-convivencia-y-el-buentrato/>), Red de Voluntariado para la Detección y Apoyo a las Víctimas de Violencia de Género en la US (<https://igualdad.us.es/wpblog/actuaciones/red-voluntariado-vg/>)



Sin embargo, hemos de ser conscientes de que las relaciones de poder juegan un papel que no favorece la igualdad. Cuando pasan por las relaciones de poder, las diferencias sexo-genéricas, etarias, culturales, de capacidades, o entre grupos de la comunidad universitaria (PDI/PTGAS/Estudiantes), se transforman en desigualdades. Y la diversidad, que puede ser una oportunidad para el enriquecimiento y el encuentro, pasa a ser motivo de violencia, discriminación y/o acoso.

Cuando llega el momento de evaluar el trabajo que se hace desde la Unidad para la Igualdad, en concreto con mujeres que sufren situaciones de violencia, discriminación o acoso, por el hecho de ser mujeres, y nos vamos a los datos, la foto que se ofrece es fría y para nada responde a la realidad. Porque detrás de los números están las personas, sus vivencias, sus sentimientos, sus emociones, sus heridas... algo que no refleja un dato.

Llegan a la Unidad personas diferentes que sufren, a quienes escuchamos, acompañamos e intentamos responder. No siempre tenemos las respuestas deseadas, correctas o necesarias, pero aquí estamos. Sus experiencias nos conmueven, nos revuelven, nos indignan. Y brota la necesidad de contarlas. Esto es complejo, porque sacarlas a la luz siempre tiene que compaginarse con el respeto a la intimidad, la confidencialidad, la protección y cuidar que no las llevamos a un riesgo mayor del que ya viven o han vivido.

Pedimos a mujeres que se nos han acercado, que escribieran en un relato breve su experiencia. Las que acogieron la idea nos han



prestado generosamente un trocito de sus vidas describiendo sus vivencias. Este acto es de un valor incalculable, es valiente porque, a pesar del anonimato de muchas, se han aventurado, se han expuesto de nuevo al dolor del recuerdo, a enfrentarse con sus heridas. Sin embargo, querían contarlo para que les sirviera a otras, para que, compartiendo, otras mujeres se animen a buscar ayuda, a apoyarse, a hablar, a gritar, a no quedarse solas con el dolor.

Y se puede gritar de muchas maneras: el arte, las imágenes, nos ayudan moviendo emociones. En este caso, aunque los relatos tienen suficiente fuerza por sí mismos, alumnas de la Facultad de Bellas Artes de la US, nos han cedido sus fotografías, para acompañar estos relatos y unir la fuerza de la imagen y la palabra en un grito, para transformar la vulnerabilidad en resiliencia, la injusta discriminación en camino hacia una universidad más igualitaria, justa y saludable.

*Contamos, voces que transforman vulnerabilidad en resiliencia.*

Rosa Casado Mejía

*Directora de la Unidad para la Igualdad*

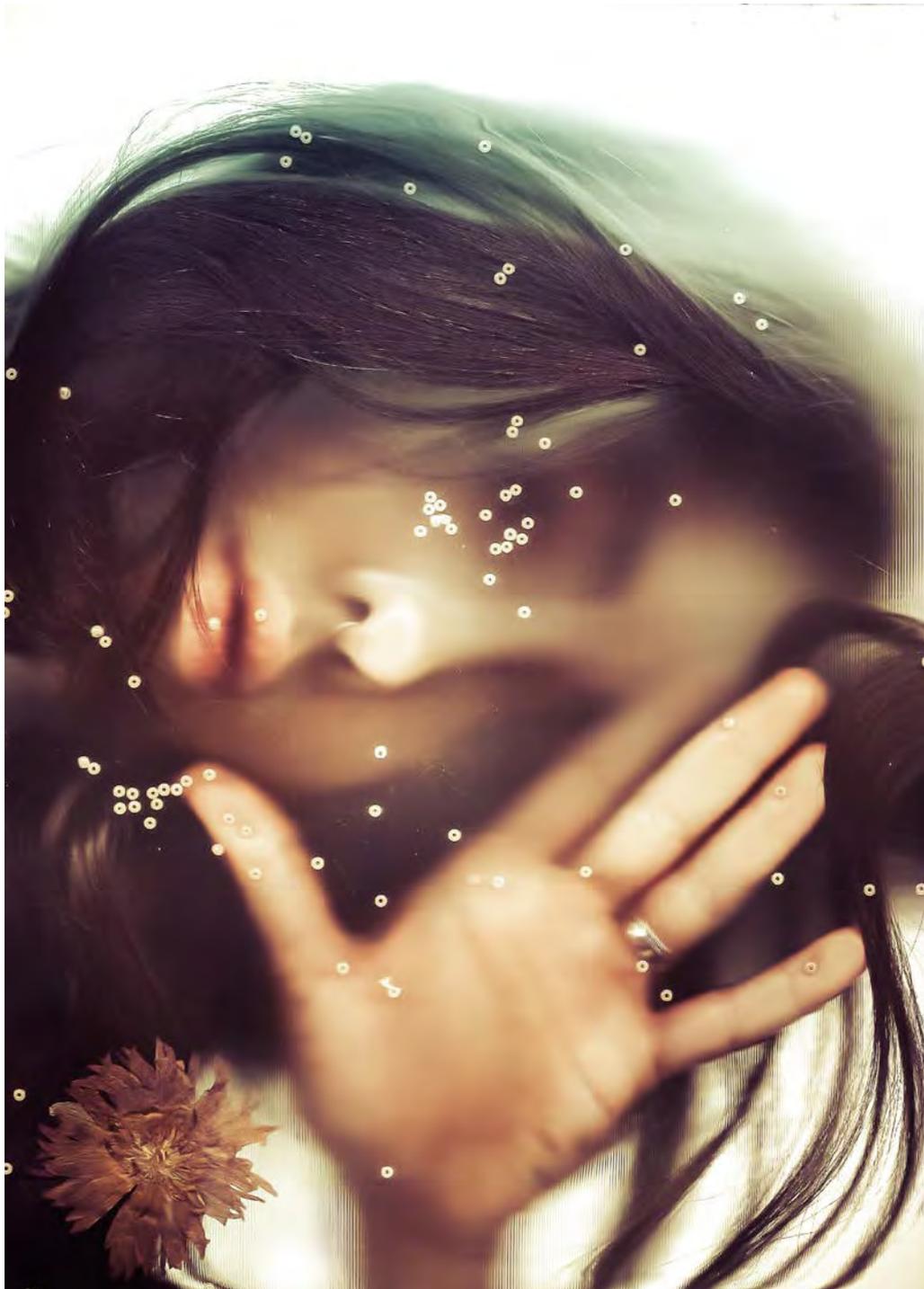
M.<sup>a</sup> Teresa Padilla Carmona

*Responsable de la Promoción de la Perspectiva de Género*

Ana M.<sup>a</sup> López Jiménez

*Vicerrectora de Servicios Sociales, Campus Saludable, Igualdad y Cooperación*

*Universidad de Sevilla*



Sara

# ¿Espacio de trabajo?

Fotografías de Paula Palacios Jiménez  
Serie *Dröm*

Hace algunos años comencé a trabajar en un departamento universitario tras finalizar mis estudios. Fui propuesta por un profesor para incorporarme al equipo de investigación, lo que finalmente resultó en mi contratación como docente. Desde el inicio, me sentí agradecida y satisfecha por la oportunidad, y establecí una relación profesional, basada en el respeto y la colaboración, con quien se convirtió en mi superior. Durante todo este tiempo, la relación se mantuvo estrictamente profesional, sin conversaciones de carácter personal ni encuentros fuera del ámbito laboral.

Al principio, no lo conocía demasiado y algunas de sus reacciones llamaban mi atención; sobre todo comentarios sobre mí, expresiones o actitudes que me resultaban, en ocasiones, desconcertantes, las cuales yo atribuía a mi inexperiencia o a no saber interpretar adecuadamente una broma o un halago. A pesar de esto, lo veía como una figura académica o «padre académico», alguien que me inspiraba respeto. Mi forma de trabajar era reconocida positivamente en el equipo, llegando en ocasiones a servir como modelo o apoyo para mis compañeros.

Pasados algunos años, ocurrió un hecho que me dejó completamente sin palabras. Fue algo inesperado y sin ningún contexto que lo justificara. Se dirigió a mí en términos que no comprendía del todo al principio, pero pronto quedó claro que estaba haciéndome

una proposición para intimar. Expresó sus sentimientos y su deseo de avanzar en nuestra relación, acompañándolo con un lenguaje corporal incómodo que incluía miradas, comentarios y un acercamiento físico que me resultaron invasivos. Mi respuesta fue una negativa rotunda. En ese momento, sentí que estaba al borde de un colapso; solo quería salir de allí. Estaba incómoda, me faltaba el aire, el corazón me latía con fuerza, las piernas me temblaban y apenas podía mantener la calma. Al alejarme, me sentía aturdida y confusa. No podía procesar lo ocurrido.



*Pasé varios días muy complicados,* con mucha ansiedad e inquietud. Me costaba dormir y no dejaba de preguntarme qué ocurriría a partir de ese momento: Si insistiría o si podría perjudicar a mi continuidad en el departamento. Efectivamente, hubo otros intentos de acercamiento por su parte, en los que su confianza crecía mientras yo me sentía cada vez más vulnerable y disminuida. También hubo cambios significativos en mi relación laboral con él. Empecé a notar que mi trabajo ya no era valorado de la misma manera. Lo que antes era considerado como correcto, ahora se juzgaba como insuficiente o erróneo; empecé a estar aislada, otras personas apenas se dirigían a mí y mis opiniones eran constantemente cuestionadas. En las reuniones, cuando mostraba desaprobación hacia alguna propuesta (que, en muchas ocasiones, me perjudicaba laboralmente), se optaba por resolverlo mediante votación, en la que siempre quedaba

en minoría. La mayoría de mis compañeros, de manera sistemática, respaldaban a esta persona en todas las decisiones, incluso en situaciones particularmente desagradables que solían estar marcadas por discusiones y faltas de respeto hacia mí por parte de mi responsable y algunas de las personas más cercanas a él.

Con el paso de los meses, ir a trabajar se volvió cada vez más complicado. Aunque me encontraba cada vez peor, evité una baja laboral por temor a lo que pudieran pensar de mí y al encontrarme en proceso de promoción. El espacio de trabajo, al ser compartido, incrementaba mi incomodidad, me encontraba constantemente expectante, temerosa de un acercamiento por su parte o del inicio de otra disputa. Finalmente, un día sufrí una crisis de ansiedad tan severa que no pudo pasar desapercibida y el incidente llegó a conocimiento del centro de trabajo. Fue entonces cuando la persona de la red de referentes tomó conciencia de la situación y a partir de ahí contacté con la Directora de la Unidad de Igualdad. Ese fue el inicio del proceso de investigación.

A partir de ese momento, comenzó una etapa extremadamente difícil, marcada por numerosos interrogantes, dudas e inquietudes. Sentía una profunda soledad e incompreensión en mi entorno laboral, acompañados de un desgaste físico y mental. Resulta incomprendible que, en este tipo de procesos, las víctimas sean percibidas por los demás como las responsables de poner en entredicho la imagen del agresor, e, incluso, la del propio departamento o centro. Aunque en apariencia nadie parecía estar al tanto, la realidad era que la noticia se filtraba y trascendía, generando diferentes reacciones en el entorno. Las respuestas, y, sobre todo, las negativas como más frecuentes, añadieron una presión emocional adicional a la situación.

Mi experiencia con el CPEIA (Comité para investigar las situaciones de acoso en la universidad) y, particularmente, con el procedimiento frente al acoso, tiene aspectos positivos entre los que destaco el apoyo humano incondicional que recibí o la atención prestada a mi bienestar personal y a las cuestiones académicas. Pero hubo elementos que considero mejorables, como las demoras temporales o el inicio posterior de un procedimiento independiente por otros servicios de la universidad, que implicó repetir entrevistas, re-

latar nuevamente lo sucedido y presentar documentación adicional. A pesar de estas dificultades, agradezco que la universidad tomara medidas. Aunque la situación inicialmente trascendió del ámbito laboral, derivando en la apertura de un proceso judicial, el cual supuso un desgaste emocional por lo que se prolongó desde el inicio del acoso, junto a un coste económico significativo, finalmente todo se resolvió de manera favorable.

A día de hoy siempre expreso que he podido cerrar este capítulo con la certeza de haber actuado correctamente. Puedo decir que he superado esta experiencia, aprendido de ella y continúo des-  
empeñándome profesionalmente en la universidad, comprometida con mi trabajo en un entorno más seguro, respetuoso y favorable para el desarrollo personal y laboral.

Sara (pseudónimo)

*es profesora  
de la US*



Pasé varios días muy complicados  
Pasé varios días muy  
Pasé varios días  
pasé



Laila

# Historia de una princesa

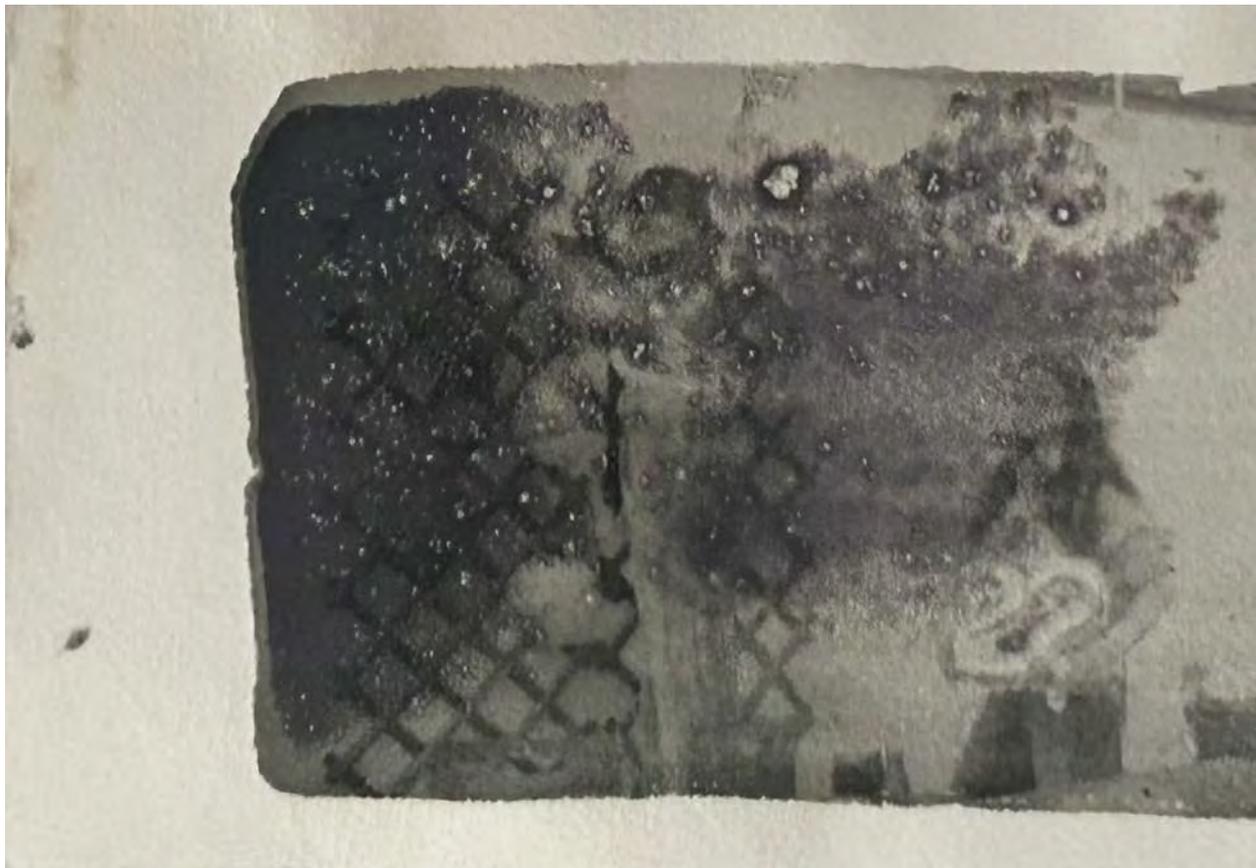
Fotografías de Ana Belén Vadillo Gil

Serie *La geometría destructora de mi recuerdo desvanecido*

Esta es la historia de una princesa del siglo XXI que creía en los cuentos de hadas, en el amor eterno y, sobre todo, en la familia. Esta princesa vivía en una aldea y decidió que quería estudiar, formarse y ayudar a los demás, así que se fue a la ciudad para cursar estudios universitarios. Allí encontró a un príncipe que, prendado de su inocencia al conocerla, le dijo: ¿dónde has estado metida? ¡tú tienes que ser para mí! y poco a poco empezó a cercarla evitando cualquier comunicación con el exterior, eran solo ella y él.

Al poco tiempo ella quiso dejarlo, se sentía asfixiada; pero el príncipe le dijo que, si lo dejaba, la mataría y luego se mataría él. Se casó con el príncipe. Y la princesa, que nunca antes había conocido varón, pensó que la vida en pareja era así, siempre sometida a la voluntad del príncipe, y vivió con él durante 27 años.

En este tiempo la princesa se esforzaba por agradar al príncipe, quien cada vez le exigía más y más, hasta que empezó a sentirse mal de salud. El príncipe le decía a diario que ella solo vivía para ella y su profesión, que no le importaban sus hijos ni la familia, pero la princesa no entendía nada, ya que todo lo hacía por el bien familiar. Ella basaba su felicidad en sus hijos, quienes la adoraban, y en su trabajo, donde era reconocida; pero el hostigamiento se incrementaba cada día más y más, coincidiendo con importantes logros profesionales que la princesa iba consiguiendo con su trabajo y esfuerzo. Llegó a ser catedrática de universidad e incluso



fue premiada por su trabajo, pero ella se volcaba en hacer que el príncipe se sintiera realizado y le ayudaba en su trabajo para que él fuera feliz. El príncipe, más allá de reconocerla, le decía que era una mala madre, le quitaba cosas y le hacía creer que ella las perdía o estaba perdiendo la cabeza, le decía que estaba loca y la perseguía por la casa con insultos; pero sus hijos le decían que *era el príncipe quien le había cambiado las cosas de lugar.*

Más tarde empezó a decirle que ya no era la de siempre, que estaba fea, que era una princesa enferma, que ya no servía para nada, y ella se ponía muy triste. A esto se sumaba que el príncipe se ponía agresivo con frecuencia, cada día pegaba golpes en los muebles, insultaba a sus hijos y a ella. Llegaba borracho a casa y nunca quería hacer nada en familia, de la que empezó a desentenderse emocional y económicamente, al mismo tiempo que



PRINCESA

hablaba mal de ella a todo el mundo y se hacía la víctima diciendo que él era quien se encargaba de todo en casa, cuando era al revés. La princesa estaba agotada.

Ella estaba confundida con la actitud del príncipe, porque un día estaba agresivo, pero al otro estaba cariñoso con ella. Dejaba de hablarle y se iba a otra habitación y cuando ella se preocupaba por él y le daba cariño, él la despreciaba. El príncipe llegó a pegar a la princesa en presencia de sus hijos y también pegó a su hija. La princesa lloraba cada día, era infeliz, intentaba ayudar al príncipe, no entendía qué le pasaba y empezó a perder peso por la situación. Pidió ayuda a los padres del príncipe, pero nadie hizo nada, hasta que llegó el día en que no podía levantarse de la cama por la debilidad y su hija, abrazándola, le pidió que hiciera algo.



Fue al médico y, al realizarle pruebas de rigor y no encontrar nada alarmante, el médico le hizo una serie de preguntas y se activó un protocolo que la princesa no podía creer. Estaba siendo víctima de malos tratos psicológicos y físicos y todo lo vivido tenía nombre: refuerzo intermitente, luz de gas, parasitismo, ley de hielo, efecto bonsái, hombro frío, devaluación de la persona, campaña de difamación y victimización. La princesa, quien hasta ese momento no fue consciente de ello, aconsejada por los profesionales, le denunció y el príncipe salió del castillo. A partir de ese día vivió en paz y armonía junto a sus hijos, en un hogar lleno de amor y tranquilidad, aunque aún hoy día se lamenta por no haberse dado cuenta de lo que todos reconocieron al instante al contar su sufrimiento.

Laila (pseudónimo), es profesora de la US

Palabras de la hija de Laila

## Carta a mamá

Mola mami, hoy quiero dedicarte unas palabras porque nunca encuentro suficientes maneras de expresarte todo lo que significas para mí y agradecerte todo lo que haces por mí. Desde que tengo memoria has estado ahí para cuidarme y para preocuparte por mí. Siempre has estado atenta para que nunca me faltase de nada ni a mí ni a [REDACTED] te has esforzado siempre al máximo y has dado lo mejor de ti para hacernos los más felices del mundo. Has trabajado y luchado por nosotros todos los días, queriendo siempre lo mejor para nosotros y por ello te estaré eternamente agradecida. Gracias por educarme como lo has hecho y nunca haber perdido la paciencia conmigo, porque aunque sé que a veces soy algo difícil de tratar me has querido y cuidado en todo momento. Gracias por todo el cariño que me has dado, por convertirme en mi lugar seguro y por ser mi referente. Por haberme mimado pero también por hacer que me diese cuenta de mis fallos y haberme corregido. Porque gracias a ti soy hoy la persona que soy.

dos recuerdos más bonitos que tengo son contigo, has estado en todo, incluso para salvarme aquella vez que me atragante con el hueso de las cerezas. Siempre vas a ser mi persona

favorita, por encima de todos. Gracias por ser también mi apoyo fundamental, porque sé que puedo contar contigo cuando soy feliz y cuando estoy mal, porque me encanta saber que estás orgullosa de mí y porque lo hago todo lo mejor que puedo para que lo estés porque te lo mereces. Te mereces el mundo entero y todas las cosas bonitas que existan, y que nunca nada ni nadie te haga dudar de eso mamá. Eres la persona con mejor corazón que conozco, porque siempre estás dispuesta a ayudar a los demás y a hacerlos felices, nunca fallas a nadie y si te comprometes a hacer algo siempre lo cumples.

Ojalá algún día llegar a ser como tú, conseguir todo lo que tú has conseguido a pesar de las dificultades. Eres lo mejor que tengo. Y poco a poco espero conseguirlo, porque siempre recordaré aquellos días en los que sin importar lo mal que estuviera, tu sonrisa y tu palabras me daban las fuerzas para seguir adelante y no rendirme, por haberme hecho ser tan fuerte y valiente aunque a veces necesite recurrir a ti para tranquilizarme.

Pero ahora más que nunca quiero hacerte saber todo esto y quiero que sepas que estoy y o ahora para cuidarte como tú siempre lo has hecho.

Porque sé lo fuerte que eres y que por muy difícil que se pongan las cosas vamos a salir adelante y a seguir siendo felices. Porque tú nunca nos necesitado a nadie para brillar y no puedes dejar que nadie te apague, pero tranquila que si te cuesta aquí estoy yo para recordarte. Algo que bien me has enseñado tú es a no rendirse nunca, y no puedes hacerlo, pero sé que no lo haces porque siempre has sabido salir de todo. Confío plenamente en ti y estoy muy orgullosa de todo lo que has avanzado y superado, eres increíble. Que te voy a estar apoyando toda la vida y que te prometo que, aunque ahora lo veas lejos y difícil, hacerte la persona más feliz del universo. Te amo más de lo que te piensas y de lo que las palabras pueden expresar mamá. Gracias por ser mi todo, mi guía, mi amiga y mi madre. Siempre estaré agradecida por todo lo que haces por mí. Con todo mi amor, de tu favorita   



Capella

# Nunca nadie más abusará de mí

Fotografías de Carlota Díaz González

Serie *Autorretrato*

«Nunca nadie más abusará de mí», eso me prometí hace muchos años...

Me llamo Capella Vinci, y esta es una pequeña parte de mi historia. Tenía solo trece años cuando sufrí acoso escolar, estuve durante dos años sometida a todo tipo de abusos: tanto verbales y físicos como sexuales, pero eso no fue todo, lo que más dolió fue la soledad que sentí. En el caso de mi familia, por desconocimiento, el de «mis amigos», por vergüenza y el del profesorado, por miedo. Me encontraba completamente sola, sin ayuda, sin amigos, sin nadie en quien apoyarme ante una situación de lo más violenta y cruel, que se le viene grande a cualquiera, y más a una niña de tan solo trece años. Nadie quería estar con «la rarita», es más, «mis amigos» del colegio prefirieron juntarse con los que abusaban de mí. Me acomplejaron durante muchos años, ya que el punto de burla fue que mido 1,80 de altura y soy de constitución delgada. Por aquel entonces era demasiado inocente y no pensaba que pudiera haber gente tan maliciosa como para decir esas cosas con la intención de hacerme daño, así que me creí todo aquello que me decían. Nunca me atreví a hablar de lo que pasó, no quería que mi familia cargara con eso, y como consecuencia me encerré en mí misma en un silencio tan absoluto, que hoy en día sigue teniendo eco, un eco que me obliga a contaros lo que siempre callé. Cuando conseguí salir de

todo aquello, un día me miré al espejo y vi una persona que no era yo. Me habían robado lo más bonito que puede tener una persona, la sonrisa, y yo eso no lo iba a permitir. Ahí fue cuando me prometí que nunca nadie más abusaría de mí, recogí en los mil pedazos en los que me rompieron y poco a poco me fui reconstruyendo yo sola, hasta que lo conseguí a través de muchísimo esfuerzo.

Pasados los años, cuando ya pensaba que la tela que había puesto a esos horribles recuerdos los había tapado para siempre, llegaron nuevas situaciones que abrían esa herida que nunca se terminó de curar. Varias ocurrieron en mi facultad, pero una de ellas fue, en especial, muy dura para mí.

Era verano, acababa de terminar los exámenes finales de julio del primer año de carrera, me dejé una asignatura porque era muy compleja y prefería preparármela con un poco más de tiempo. Durante el verano vi por Internet que un profesor de mi facultad impartía clases particulares de esta asignatura, que es una asignatura muy específica de mi carrera, por lo que encontrar profesores particulares es difícil, así que pensé que sería una buena idea para presentarme al examen de septiembre. Contacté con él y tuvimos la primera clase online. En un principio todo fue bien, hasta que al final de esa clase empezó a ponerme como ejemplos posturas sexuales para explicarme un concepto. Me pareció muy extraño, pero no quise darle mayor importancia. A la siguiente semana, me preguntó si me parecía bien dar la segunda clase presencial en la facultad, y acepté porque me parecía un sitio bastante seguro, y porque tampoco sabía que no es legal utilizar instalaciones públicas con fines privados. Una vez llego a la facultad, me sorprendió ver que apenas había gente por allí. Era verano, por lo que muchos profesores se cogen vacaciones, así que era normal, pero a mí ya me incomodó. La intuición no falla, aunque haya veces que no queramos escucharla. Él me estaba esperando en el *hall*, y mientras subíamos por las escaleras me decía: «tú tranquila, que el seminario donde vamos a dar las clases, está muy escondido, así nadie nos va a molestar». No me tranquilizó en absoluto, como es normal, pero decidí darle una oportunidad porque pensé que igual estaba siendo un poco exagerada. Llegamos al seminario, me dejó pasar primero y ahí fue cuando tuvo que cerrar la puerta de manera silenciosa.





Yo no me percaté de ello hasta más tarde. Lo recalco porque lo que normalmente se hace es dejar la puerta abierta por seguridad del alumno. Se sentó justo a mi lado y comenzamos la clase, pero a los cinco minutos, más o menos, empezó a hacer alusiones a mi físico, diciéndome cosas como: «hombre, con el físico que tú tienes... vas a tener que tener cuidado con los profesores», «podrías sacar notas si tú quisieras, porque yo he visto chavalas que habían suspendido salir del despacho del profesor con un notable o sobresaliente», «pero, tú tendrás que ser modelo o algo, ¿no?, porque eres guapísima». A lo que le contesté que me parecía ridículo lo que me estaba diciendo y que en la vida haría eso, que si no valía para la carrera me iría y que no vendería mi alma al diablo por ello. Luego, me habló de su vida sexual, me dijo textualmente: «me desperté sexualmente con veinte años porque antes no me gustaba salir de casa». Me habló de las parejas que había tenido e historias demasiado íntimas. Le pedí

que por favor continuara con la clase, y él aprovechó para acercarse a la silla a la mía. Lo miré con seriedad y retiré mi silla de la suya, él volvió a acercarla y me dijo: «soy cazador, a veces me traigo una navaja que tengo en el cajón, pero hoy justo no la he traído». Me quedé paralizada, sin articular una palabra porque no me salían, continuó diciéndome: «sabes, una vez me denunciaron, pero gané el juicio. Estaba dando unas prácticas cuando una chavala se me acercó por detrás para preguntarme una cosa, me tocó en el hombro para hablarme y yo...» cito textualmente «... la agarré del pelo y la puse en pompa, porque lo hice como un acto reflejo». No contesté, no sabía qué hacer. Aprovechando que me quedé inmóvil, me empezó a meter la mano por la zona de mi ingle y fue cuando la promesa que hace años me hice a mí misma pasó por mi cabeza, como un haz de luz: «nunca nadie más abusará de mí». Me levanté con tal fuerza que la silla se cayó justo encima de él, cogí mi bolso y le dije que mi padre estaba fuera esperándome, a lo que me respondió: «que sepas, que si el año que viene te doy clases no vas a aprobar». Bajé las escaleras llorando para salir de ahí lo antes posible. No lo denuncié, como tampoco denuncié al instituto en el que me acosaron, por miedo a la represalia. Ojalá lo hubiera hecho, porque estas personas no se merecen salir impunes de lo que hacen, se valen de su posición para aprovecharse del resto, y eso no se puede consentir.

Quiero acabar este relato, animándoos a que, si alguna vez os pasa cualquier situación parecida o en la que os sintáis vulnerables, habléis con vuestros seres queridos, no os carguéis todo solos como hice yo. Apoyaos en las personas que os quieren y contadlo, no tengáis miedo, porque de eso se valen estas personas inhumanas y blasfemas. Me gustaría que, después de leer este relato, las personas que estén pasando por alguna situación parecida se prometan a sí mismas lo que yo me prometí hace años. A mí esta promesa me dio fuerzas cuando no tenía de donde sacarlas, y espero de corazón que le sirva a alguien más para ayudarle a frenar cualquier tipo de abuso que sufra.

Gracias a la Unidad para la Igualdad de la Universidad de Sevilla y al SACU por darme la oportunidad de compartir esto con todas vosotras y vosotros.

Capella (pseudónimo),  
es alumna de la US\*



Marta

# Transformación

Fotografías de Ángela López González  
Serie *Sin título*

## RESILIENCIA ACADÉMICA

Ha pasado algo más de una década y, de vez en cuando, aún me asaltan recuerdos de aquellos dos años tan complicados.

## INCREULIDAD

Nunca imaginé que me sucedería a mí. Me sentí como la protagonista de una mala película. ¡Si nos conocíamos desde hacía seis años!, ¡si era la estudiante de su mejor amigo!

## MIEDO

Durante casi dos horas, tuve que soportar sus tóxicas atenciones. Intentaba besarme a la fuerza, acorralándome contra la pared. Introducía sus frías manos por el cuello de mi camisa, tratando de palpar piel donde la vista no alcanzaba. «¡Déjame tocarte!», «¡yo follo como los leones!», aullaba.

Finalmente, se marchó. Aquella noche, y muchas otras noches, no dormí.

## VALOR

Al día siguiente, comuniqué lo sucedido a su empleador, mi amigo, mi profesor. Para mi sorpresa, me creyó al instante, pero no era su problema, no era su responsabilidad.

No dispuesta a rendirme, llevé mi denuncia un peldaño más arriba. Fue entonces cuando encontré en mi superior, hasta

entonces casi un desconocido, lo que no encontré en mi amigo y tutor: comprensión, apoyo, información y la fortaleza para hacer lo moralmente correcto.

## **DOLOR**

Se inició un largo proceso. Un comité entrevistó a las partes implicadas y a posibles testigos de otros incidentes en los que el agresor me piropaba de forma grosera. La voz de mi mentor resonaba con indignación: «¿cómo se os ocurre convocarme?», «¡yo soy el investigador más importante de la Universidad de Sevilla!», graznaba al ser entrevistado.

Conocí a muchas personas, todas bienintencionadas, todas queriendo ayudar, pero muchas sin la firmeza necesaria para llevar a cabo el trabajo que se les había encomendado. Al leer las transcripciones de las reuniones, descubrí, con tristeza, la debilidad de un par de supuestos camaradas, sus palabras vacilantes y evasivas, pero también vi brillar la integridad de la inmensa mayoría.

## **RESISTENCIA**

Me encontraba en una situación vulnerable. No tenía una plaza indefinida y mi futuro dependía fuertemente de mi profesor, el protector de mi agresor, que me negaba apoyo económico, profesional y personal.

Pero estaba decidida a no dejarme aplastar. Los siguientes cuatro años fueron un torbellino de actividad. Realicé estancias en Europa, trabajé con otras facultades de mi universidad y establecí colaboraciones con personas extraordinarias, que me enseñaron que hay mejores formas de proceder y de trabajar. Ellos han sido mis verdaderos maestros.

## **VINDICACIÓN**

Inesperadamente, el desenlace fue favorable. El acosador perdió su trabajo, no por sus acciones hacia mí, sino por falta de humildad y exceso de narcisismo. La justicia llegó por un camino indirecto, pero llegó.

## **TRANSFORMACIÓN**

Me siento afortunada, pues mi departamento, integrado por casi cincuenta profesores varones, se posicionó firmemente a mi favor, rechazando la violencia y el acoso.



Esta traumática experiencia me permitió conocer a compañeros admirables, por aquel entonces anónimos, y descubrí que era más fuerte de lo que pensaba.

Sin embargo, diez años de lucha me han dejado exhausta, sin deseos de continuar en el hostil mundo de la ciencia, donde cada logro parece venir acompañado de una nueva batalla.

Actualmente, me dedico por completo a la docencia, un refugio donde me siento valorada y recompensada, donde el único ego con el que lidio es el mío y cada día es una oportunidad para crecer y ayudar a otros a hacerlo. Aunque las cicatrices del pasado permanecen, he encontrado un nuevo propósito y una paz que creí perdida para siempre.

Marta (pseudónimo), es profesora de la US



Virginia

# A veces parece que el mundo se para

Fotografías de Paula Palacios Jiménez  
Serie *Descomposición*

**Octubre de 2024.** Pregunto en mi clase de Coeducación, de sesenta alumnas y dos alumnos, quiénes alguna vez en su vida han tenido miedo debido a que se han sentido acosadas por chicos u hombres. Solo nueve chicas no levantan la mano. Algunas no dudan en compartir su experiencia: muchachos montados en un coche que las siguen durante más de una hora y les increpan; hombres que las buscan para exhibir sus genitales; chicos que, incluso dentro de un autobús, les sueltan frases violentas con alto contenido sexual y luego se bajan en su misma parada, por lo que ellas tienen que buscar refugio en algún portal próximo; llamadas al padre para que esté en la puerta esperándolas porque están notando que un hombre las sigue, y así sucesivamente. Miedo, siempre miedo en el regreso a casa. Búsqueda de recursos para defenderse de un posible ataque masculino: usar un determinado spray, ir hablando -o hacer como que hablas- por el móvil, etc.

*Me invade una tristeza profunda.* Si a las chicas de mi generación, con la edad de mis alumnas, unos diecinueve o veinte años, nos lo hubieran preguntado, todas habríamos contestado lo mismo, e, incluso entonces, con mucha mayor incompreensión por parte de las leyes. Porque entonces tú tenías que naturalizar que los hombres iban a intentar darte un pellizco en el trasero en las bullas, soltarte todo tipo de frases de fuerte contenido sexual y que tú lo entendieras



como un piropo, o escanearte de arriba a abajo en cualquier momento. Por supuesto, nuestro único recurso era intentar sortear los ataques, que se daban, por descontado.

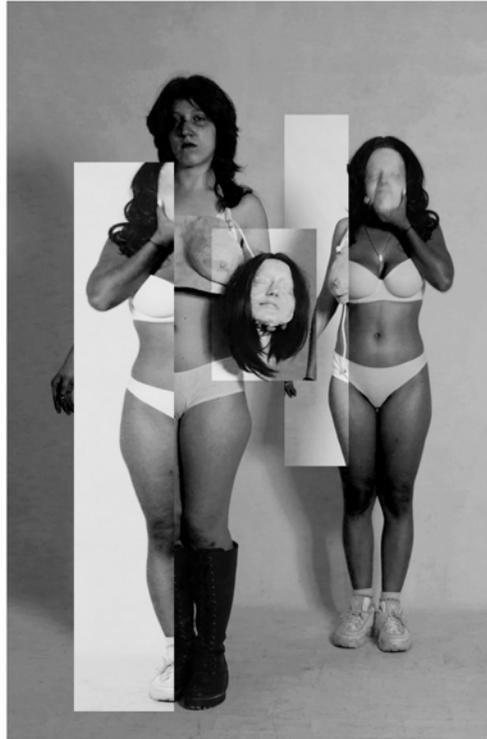
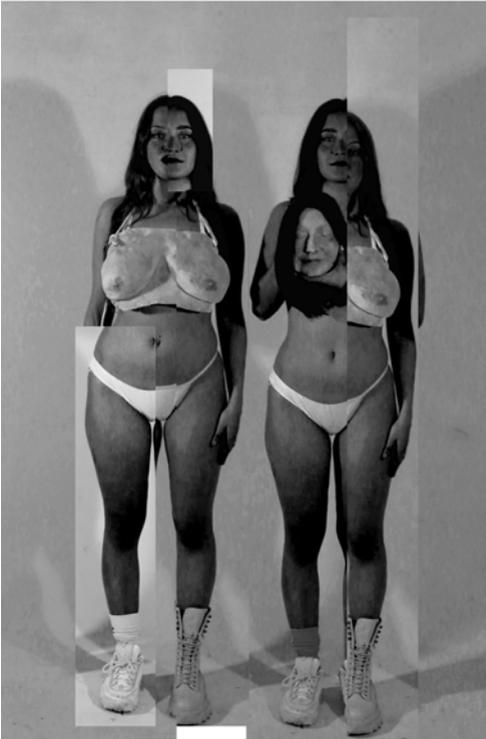
Han pasado más de 25 años y a veces parece que el mundo se para. Mis queridas alumnas siguen contándome cómo buscan defenderse, cómo sobre ellas –las posibles agredidas– parece recaer la responsabilidad de evitar el ataque. No se insiste ante el infinito en la necesidad de formar a los varones de otra manera, de transformar un tipo de socialización muchas veces nefasta y peligrosa, en la que salen perjudicadas las chicas, pero también, claro está, ellos en su pérdida absoluta de humanidad. Aún en el 2024, una chica me hablaba de que ella iba «vestida normal» cuando experimentó ese intento de agresión. «Normal», fijaos en la palabra, porque si hubiese ido un poco «provocativa» y



vuelvo a abrir comillas, parece que entonces tuvieras cierta responsabilidad en lo que te ocurriese.

Yo ahora me ocupo de la formación, no solo proporcionando esas metafóricas gafas violetas, sino, ante todo, recursos y estrategias para que, desde la educación infantil, ese futuro profesorado que integra mi alumnado se comprometa en construir una nueva generación en la que tanto hombres como mujeres puedan ser auténticamente libres. Vivir con miedo nos destroza como personas. Es un orgullo poder contribuir, aunque sea con la pequeña aportación de mis clases, a crear un mundo más justo, más humano.

Virginia Guichot Reina es profesora de la US



Irene

# Las minucias

Fotografías de Carlota Díaz González  
Serie *Dípticos: Collages*

Te has repasado la primera clase de tu vida cien veces. Pero no es suficiente para sentirte confiada. Te invaden otras inseguridades que poco tienen que ver con lo que explicas en esa clase. ¿Habrán recordado que solo puedes dar clase en el aula adaptada? ¿Se habrán percatado de cambiar las pilas del micrófono que necesitas para hablar? ¿Habrán abierto las cerraduras de los cajones que no puedes abrir? Y, lo más importante, ¿habrán ventilado el aula lo suficiente para que puedas respirar sin dificultad? No te preocupes, son minucias que se resuelven rápido, y, aunque estés nerviosa porque es tu primera clase, esperas que el alumnado no sea consciente de tu desazón. Confía en ti. Has trabajado mucho. Has llegado hasta aquí. Pocas llegan. Y menos con tus circunstancias. *Seguro que eres capaz de hacerlo.*

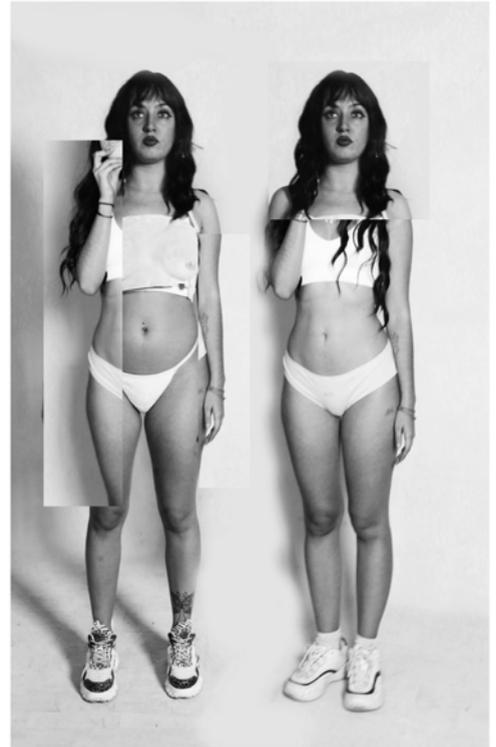
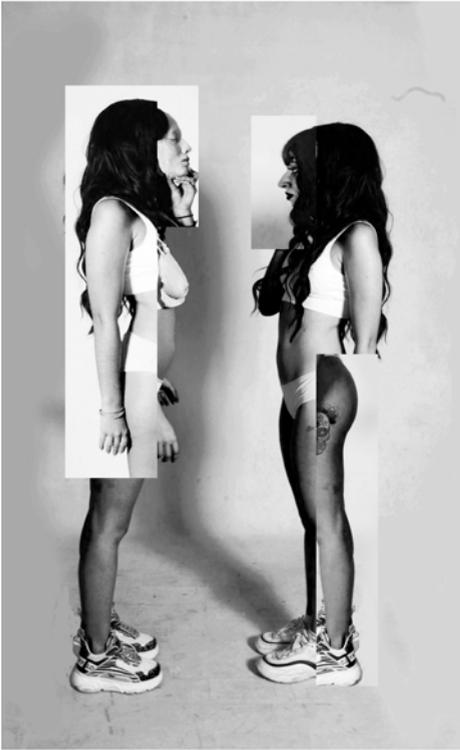
Te has repasado la nonagésima octava clase de tu vida mil veces. Todavía dudas de si eres suficiente para el puesto porque todavía estás angustiada cuando entras en el aula. No basta que el alumnado te haya apoyado en las encuestas, que te soliciten para sus TFG o que te hayan acreditado cuando no existe ninguna fórmula mágica para superar los fríos e intransigentes baremos de medición de tus aptitudes. Ya tienes experiencia, ¿por qué te siguen preocupando las minucias? Ya sabes que a veces tienes que interrumpir al profesor que está en el aula adaptada porque se han equivocado en la adjudicación. También has dado clase en aulas con tarimas a las que no podías acceder por ti misma. Las pilas, bien sabes que se van a acabar cuando lleves diez minutos hablando. Puedes

interrumpir la clase para que un alumno vaya a por un nuevo par, porque una vez estás sentada en tu silla de escritorio no puedes levantarte por ti misma para ir a cambiarlas. O, como haces otras veces, puedes llevarte tus pilas desde casa, aunque sabes que no puedes abrir la cajetilla de las pilas y que tendrás que pedirselo a otra alumna solícita. Las cerraduras de los cajones ya la han abierto tus cuidadores, por eso no tendrás que preocuparte. Benditos cuidadores. ¡Qué sería de ti sin sus manos, sus pies y sus juicios cuando la falta de aliento te impide tomar decisiones! Menos mal que ellos están ahí, incluso cuando tienes que ir al baño. Han pasado nueve años, pero todavía no han adaptado el aseo de la planta de profesorado. Y, bueno, respecto al tema de la temperatura y la ventilación, afortunadamente tienes tu propio aire acondicionado en el aula, aunque, por más que lo repitas, no puedes impedir que la calefacción esté puesta y que el aula esté cargada por la presencia humana de la sesión anterior. Por el camino has aprendido cosas que desconocías: que, a no ser que vayas una hora antes, vas a llegar tarde a clase, pues los ascensores se colapsan con personas que prefieren no utilizar las escaleras. Y que todas las adaptaciones virtuales que se realizaron durante el tiempo de pandemia ahora están completamente descartadas del abanico de posibilidades.

Son minucias, te dices. Aprende a gestionar mejor tus diferencias, te repites. No desarrolles ansiedad y controla la adrenalina, pues sabes que, si te sube demasiado, no vas a poder dar la clase. Sé mejor. Haz tu máximo. Cree en ti durante todo el proceso. No parezcas débil. No parezcas tampoco demasiado quejicosa. Sé útil. Sé brillante. Haz mucho más de lo que puedes. No te sientas culpable por no poder hacer cosas que el resto del profesorado hace.

Al final das con el hallazgo que ha estado latente detrás del resto de autoconsejos: sé normal, porque los demás necesitan que no seas tan distinta. Entonces te das cuenta y empiezas a interiorizar qué es exactamente lo que tienes que decir la próxima vez que alguien le quite peso a tus circunstancias o te creas más su visión que tus propias vivencias: **No**, no son minucias.

Irene Raya Bravo es profesora de la US





Séfora

# En memoria de ellos

Fotografías de Paula Palacios Jiménez  
Serie *Pulso contenido* [detalles]

Fue en mil novecientos ochenta y cuatro, era domingo, el día del Señor. Una cálida mañana sevillana destellante de luz había amanecido aquel día en el mes de abril. Eran las once y veinte de la mañana cuando un matrimonio gitano muy anciano, con sus ropas desgastadas y llenas de historias silentes, que caminaban con gran dificultad, irrumpió por primera vez a una iglesia evangélica de no gitanos o gachés.

El aire impregnado de azahar y jazmín y los rayos suaves del sol que entraban por la puerta hacían que el ambiente en la iglesia fuera realmente cálido y especial ese domingo. Los miembros de la iglesia siempre se ponían sus mejores atuendos para ir a la iglesia y aquello acrecentaba aún más el contraste con la precariedad económica de aquel pobre matrimonio gitano. Con sus rostros tristes, con sus miradas humildes, necesitadas y cabizbajas, entraron con mucho respeto a escuchar la palabra de Dios. A pesar de su vejez y dificultades, el matrimonio recorría la ciudad de Sevilla, tocando la trompeta y realizando malabares, acompañados de su fiel perrita equilibrista. Era inolvidable, la perrita estaba vestida con un trajecito rosa y verde claro con volantes. Hasta la perrita tenía la esencia gitana en su estampa.

Esa era su forma de sobrevivir, la mendicidad a cambio de un espectáculo urbano con música y malabares. Un destino forzado al que muchos gitanos fueron condenados tras haber sufrido siglos de persecución, opresión y mutilación de identidad. Poder respirar y levantarse ya era un símbolo de resistencia.



No tardaron mucho tiempo en sentirse incómodos dentro de la iglesia, se sintieron fuera de lugar. Las miradas de la congregación, algunas curiosas, otras despectivas, los hicieron sentir aún más vulnerables, les recordaron que ni siquiera la casa de Dios era espacio de amor y aprobación para ellos. La falta de aceptación era palpable y esa melodía se la sabían, resonaban en sus mentes y corazones como el eco de la exclusión y discriminación... Tras unos minutos de silencio incómodo, decidieron salir, buscando refugio en la calidez de la calle. Ellos necesitaban oír el mensaje de amor, aceptación y de perdón de aquel día, pero decidieron hacerlo desde fuera, lejos de esas miradas inquisitivas.

*Una niña gitana, rubia como las candelas, de apenas cuatro años, los observaba desde el principio en la iglesia, sentada con sus padres en primera fila, junto a la puerta. Su vestido nuevo contrastaba con el ropaje de los ancianos, pero su mirada y sonrisa, estaban llenas de empatía y amor. Las condiciones de vida de la familia de la niña, eran algo más desahogadas, no vivían con esa precariedad económica. A su corta edad, esa niña, ya había aprendido a detectar las miradas de desaprobación que se lanzaban hacia aquellos que eran diferentes.*

Sin embargo, ella aprendió a mirar con el corazón. Su madre se lo había enseñado desde su temprana edad y le había inculcado lo importante que era ser y comportarse como un buen cristiano.

Aquellos ancianos, incomodados por las miradas hirientes, se levantaron, se fueron a la calle y se sentaron en el suelo para poder seguir escuchando la Palabra de Dios. La niña no lo dudó. Con su pequeño corazón latiendo fuerte, se sentó junto a ellos en el suelo, sonriéndoles mientras escuchaban el mensaje del predicador. Era un gesto simple, pero cargado de significado. En ese momento, se estableció una conexión silenciosa; aunque no compartían las mismas palabras, la niña entendió el lenguaje de la soledad y la marginación y no lo soportó, se quedó junto a ellos. Simplemente, se posicionó. Los ancianos se habían sentado en un ángulo en el que nadie los podía ver desde la puerta, buscaban ser invisibles. Desde dentro, solo se veía a la niña, que ocupaba la parte de acceso de la puerta principal.

Tras 20 minutos de escucha activa, la madre de la niña la llamó para que entrase, para preguntarle por qué estaba sentada fuera, y la niña, un poco titubeante, asintió, obedeció y se acercó sin darle detalles de que afuera estaban los ancianos. Simplemente le dijo que prefería estar al solito sentada, nada más. Pero, al volver a salir, se dio cuenta de que los ancianos se habían ido. Una tristeza profunda le llenó el pecho. No había podido despedirse ni darles un abrazo o un beso. Esa experiencia la marcó de manera imborrable. Nunca había contado a nadie sobre su maravilloso encuentro con aquellos ancianos. Fueron 20 minutos de complicidad, de miradas de amor y de cariño como si sus propios abuelos fueran.

Ella, que era una niña muy observadora y de naturaleza inquieta, con una memoria increíble, creía haberlos visto en alguna ocasión por la calle Sierpes de Sevilla o por la Gran Plaza. *Después de esto, jamás los volvió a ver.*

Ella no era una niña normal, con tan solo cinco años se había leído libros tan interesantes como *El poder de las palabras*, del famoso predicador Paul Hagee, o *La cruz y el puñal*, de David Wilkerson, leía los Evangelios de la Biblia, se leyó la obra *Manon Lescaut*, de Prévost, la colección entera de libros del Barco de Vapor, *El diario de Ana Frank*. Leía literatura apropiada a su edad y desde luego, géneros que no le correspondía, de ahí la madurez intelectual.

Con el paso de los años, aquella vivencia resonaría en su mente como la letra inmutable de la no discriminación. Jamás la olvidó. Ni nunca la compartió con nadie. Ese incidente racista de mirar a otros de forma excluyente la marcó de por vida.

Creció y decidió estudiar Derecho en la facultad de Sevilla, un lugar donde también se sentía un poco fuera de lugar, como los ancianos en la iglesia. A lo largo de su carrera, se dio cuenta de que la otredad, el racismo y el clasismo, siempre acechaban a los más vulnerables, a los diferentes, a los más pobres. Esa incomodidad, esa sensación de no pertenecer al grupo, esa mirada de otredad supremacista y blanca, fue la que la empujó a ser activista por los derechos del Pueblo Gitano. Las injusticias fueron su motor de transformación. Ella, a veces se sentía en tierra de nadie, no tenía referentes. Rompía moldes y creaba nuevos moldes, sin mirar a nadie. Era difícil ser gitana y poder estudiar, en aquella época, solo estudiaba un 1% de la población gitana en España. Aquello suponía un ejercicio de equilibrio constante donde se sentía atacada por todos. Llegó a sufrir verdadera crisis de identidad, ni era lo suficiente gitana para la cultura gitana, porque las mujeres con 12 años ya dejaban la escuela, ni lo suficiente paya, ni pretendía serlo, como para que la mirasen de igual a igual. La sensación era como estar en tierra de nadie, un desarraigo intenso de todo su mundo. Miradas excluyentes adornaban todos los días de su vida en la época universitaria.

No había día que pasara desapercibida por aquella antigua tabacalera, su identidad gitana llamaba la atención en contraposición al estilismo pijo y clasista de la Facultad de Derecho de Sevilla. Su apellido también fue un problema. Ella, a pesar de su inteligencia y la responsabilidad de llevar el peso de su casa (como hermana mayor que era), la crianza y cuidado de sus hermanos pequeños etc., no faltaba a clase nunca. De hecho, se había llevado a clase en más de una ocasión a su hermana pequeña estando enferma, para poder cuidarla con el permiso de su profesor y así evitaba faltar a ninguna clase. Sin embargo, no tenía el apoyo de todos los docentes. Hubo un profesor emérito que examinaba por tema. El profesor tenía en su despacho una foto con el Generalísimo, don Francisco Franco. Sobran todas las explicaciones. Este siempre le suspendía



*A esa joven gitana, se le hizo un nudo en la garganta, pero no se calló*

en un tema, el 9. Una vez, tras haber realizado el examen 8 veces seguidas y haberle suspendido las 8 veces, decidió pedirle tutoría. Ella le dijo: «profesor, me sé de memoria el mencionado tema, ¿cuál es el problema? Le he transcrito literalmente todo el capítulo, en los 8 exámenes, no puede suspenderme sin causa justa. ¿Cuál es el problema?» El malnacido le contestó; «tu apellido, ¿eres Vargas, ¿verdad? Por tanto, eres gitana, ¿qué haces estudiando derecho? Vete a la esquina y monta un puesto de verdura, como el resto de gitanos, porque aquí no está tu lugar»

A esa joven gitana, se le hizo un nudo en la garganta, pero no se calló, le dijo que lo denunciaría al Defensor del Alumno, al Secretario de la Universidad y a la Delegación de Alumnos si no la aprobaba de inmediato y que montaría un escándalo a nivel político si fuera necesario.

El hombre enmudeció y ella salió con la cabeza bien alta, despavorida de aquel frío despacho. Pensó que sería imposible terminar la carrera con tantos prejuicios y discriminación, pensó que le harían la vida imposible, se le pasó por la cabeza huir y volver al calor de su grupo, de su gente, pero, en ese momento se acordó de aquellos ancianos gitanos, cuando al no encontrar su sitio, se fueron de la iglesia y pensaron que su lugar de escucha era el suelo, su lugar en la sociedad era hacerse de menos, porque ellos no tuvieron a nadie que les protegiera ni que les dijera, «síntense aquí, por favor, están ustedes en su casa, la casa de Dios». Así que,

respiró profundo, rechinó los dientes y siguió luchando contra el antigitanismo del sistema educativo y en la administración. Consagró su vida a la lucha contra la discriminación racial.

Decidió dejarse la piel para promover la justicia social, para allanar el camino para las otras niñas gitanas. Comprendió que su lucha no era solo por ella, sino por su comunidad, por su pueblo, por todos los que enfrentan prejuicios y discriminación a diario. La universidad, al igual que aquella iglesia, era un lugar de paso necesario, donde la inclusión a menudo brillaba por su ausencia igual que los derechos o el amor o la compasión.

Así, la vida de aquella niña, marcada por un encuentro fugaz, se transformó en una historia de lucha y esperanza. Su compromiso con la justicia social se convirtió en un canto de resistencia, un homenaje a aquellos ancianos que, aunque se sintieron rechazados, dejaron una huella imborrable en su corazón.

Soy Séfora Vargas. Esa niña hecha mujer soy yo: gitana, abogada, escritora y activista por los derechos del Pueblo Gitano, pertenezco a esa primera generación de mujeres gitanas que llegamos a alcanzar estudios universitarios. Tuve que enfrentar mil batallas y guerras ideológicas, sociales, morales, religiosas, culturales, pero jamás he permitido que nadie me quite mi lugar en la sociedad. Nunca había hecho pública esta historia real de mi vida, sigo emocionándome y aún me hace llorar pensar que no pude defender mejor a esos ancianos gitanos, a esos luchadores incansables, ni siquiera supe sus nombres. Sin embargo, hace apenas unos días, en un viaje por trabajo, en un souvenir de carretera, me encontré con una postal de ellos, estaban en la calle con su espectáculo musical y su preciosa perrita. Me dio un vuelco el corazón, me quedé sin respiración por unos instantes y la compré corriendo con las lágrimas en los ojos, recordando sus rostros y reviviendo cada instante de esos 20 minutos que permanecí sentada junto a ellos en el suelo. Aquella lección sin palabras que tan sólo duró 20 minutos, me forjó hasta el día de hoy.

*<<En memoria de ellos>>*

Séfora Vargas Martín es exalumna de la US





Daniela

# En busca de un futuro mejor

Fotografías de Ángela López González  
Serie *Útero*

*Era una chica que llegaba a un mundo nuevo con muchas expectativas, con emociones y dudas, en mi llegada, acudí a la universidad para realizar los tramites de entrada y matricula, de lo cual no sabía mucho. Por esto, me acerqué a preguntar, pero al recibir una respuesta de una manera muy fría y tajante (desde mis ojos de extranjera), me puse de los nervios y estuve a punto de llorar. La persona que me atendió fue un poco dura al responderme, asumiendo que yo debía saber lo que había preguntado. Fue una situación que me impactó mucho al llegar, pero entendí que es una cultura totalmente diferente.*

*Soy colombiana, de una zona costera, por lo que las personas suelen ser muy amables y cálidas. Llegué a Sevilla creyendo que las personas serían igual, pero me di cuenta de que en algunos casos no siempre lo sería. En mis clases conocí personas de todo tipo, muy inteligentes y comprometidos; otros, la verdad, no tanto. Asistían a sus clases por hacer presencia, algo que para mí era muy extraño.*

*Un día llegó el momento más temido, formar grupos de trabajo para realizar actividades formativas a lo largo del cuatrimestre. En ello, me fui juntando con personas que necesitaban a alguien, porque no conocía a nadie: acaba de llegar y se me hacía un poco difícil integrarme en grupos que ya estaban establecidos. Me uní a un grupo de chicos, siendo la única chica. En el proceso de desarrollo, uno de los chicos hizo un comentario que me dejó fría...*

Un chico muy español por su acento dice: «dejadle todo a ella, que es colombiana, que ella lo haga todo, si para eso vino, para trabajar por nosotros». Y yo, impactada por su comentario, me lo tomé en modo de broma, porque no podía creer que una persona pudiera llegar a tal nivel de xenofobia. Decidí pasar del comentario, pero fue algo que se repitió en diferentes ocasiones, hasta que uno de los chicos del grupo se levantó a defenderme y le pidió que parara, que eran comentarios muy fuertes que me hacían sentir mal. La verdad, se lo agradezco, porque no sabía cómo reaccionar. Es algo que dejó un sello en mi corazón, pero algo que intento olvidar para no creer que todos serán así, porque realmente hay muy buenas personas.

Entre todas las clases a las que asistía, había una muy particular, que me gustaba mucho por tratar sobre un tema que me llamaba la atención, pero había algo que me impedía seguirla, era que la profesora de esta clase, tenía un acento muy marcado, por lo cual me costaba mucho entenderla. Las primeras tres o cuatro clases no entendía mucho de lo que decía y el hecho de que utilizara un micrófono para exponer la clase no me ayudaba a remediarlo. Cada día me acercaba más a la primera fila de sillas, buscando escuchar mejor su voz. Poco a poco, mi oído se fue acostumbrando, pero me quedaba aún comprender las diferentes palabras que emplean con significados muy contrarios o distintos a lo que estaba adaptada en mi país.

Todo esto me ha llevado a valorar cada día las experiencias que estoy viviendo, un mundo completamente diferente que me abrió las puertas para tener una nueva vida. Me he topado con gente muy buena, que ha robado un pedacito de mi corazón. Estoy agradecida porque son más las buenas que las malas: he sido un puente para estudiantes extranjeros que se animan a dar este paso, les sirvo de guía y les instruyo conforme a lo que viví y las experiencias que tuve.

Daniela (pseudónimo) es alumna de la US

?





Dolores

# Estás un poco merviosilla, ¿no?

Fotografías de Carmen Belmonte  
Serie *Pájaras*

«¿Puedo hablar con usted?» Así entré en contacto con la directora de la Unidad para la Igualdad de la US. Me atendió rápidamente por teléfono y quedamos al día siguiente en la cafetería de mi centro, para que no me vieran con ella en mi mesa. Tenía miedo: miedo del hombre, miedo de los compañeros, miedo de los jefes...

Le conté que un compañero, del que yo era su jefa, se metía continuamente conmigo, se escaqueaba continuamente, no hacía las tareas, y que el resto del equipo tenía que cargar con su trabajo. Pero, a pesar de que yo era su superior, no aceptaba mis indicaciones, me ridiculizaba, y pasaba.

Una tarde, fui a buscarlo por las aulas, porque no aparecía y había que terminar de revisar para cerrar el edificio. Estaba en un aula, sentado, le pregunté que qué hacía allí y le dije que moviera el culo. Reconozco que mi tono no era el mejor, estaba harta y cabreada. Entonces, me dijo que qué me había creído, se levantó, me zamarreó y me dijo, con los ojos que parecía que se le iban a salir «¡Te voy a matar...!»». Me escapé como pude y salí corriendo por el pasillo con un ataque de ansiedad. No dije nada, no podía... Terminé como pude, sin quedarme sola, y me fui a mi casa.

*Me harté de usar esa noche.*

Al día siguiente, pedí cita urgente con un jefe para que lo trasladaran, pero no creyó la gravedad del asunto. «Estás un poco



nerviosilla, ¿no?» me dijo. «¿Será porque me acaban de amenazar con matarme?» le contesté. Me propuso buscarme otro sitio, ¡a mí! ¡pero si yo era la víctima y estaba muy a gusto en mi centro! Me di cuenta de que no me tomaba en serio, o que no veía riesgo o peligro en lo que le contaba. Pero yo estaba aterrorizada, ¿cómo iba a volver y encontrarme con él? Es que me había dicho que me iba a matar...

Hablé con un compañero de sindicatos que me dijo que contactara con Igualdad, y así que lo hice. La directora me creyó, noté en su cara que se escandalizaba y se hacía cargo de mi situación. Me dijo que no me preocupara, que hablaría para ver qué se podía hacer. Yo no me creí mucho que hiciera algo, al fin y al cabo los jefes se cubren..., o eso pensaba.

No sé qué hizo esa mujer o con quien habló, pero a la semana, lo trasladaron a él de centro. En principio respiré, pero empezó a ir a tomar café a las cafeterías de los alrededores de mi centro, en los momentos en que sabía que yo iba a desayunar, y de nuevo empecé a estar asustada, ¡vuelta al infierno!

Así que volví a hablar con la directora de Igualdad. Me dijo que lo citarían y a ver... Dejó de ir por allí.

Y yo volví a trabajar en paz.

Dolores (pseudónimo) es **PTCAS** de la **US**

*me dijo que no me preocupara*





Marina

# Por ti, por todas

Fotografías de Ángela López González  
Serie *Sin título*

La profesora joven admiraba al profesor maduro, se enamoró y tuvieron una relación romántica. Convivieron. Nació el hijo. De repente, él le quitó la luz y el alimento, ¿ya no era tan joven para él?

Ella intentó reponerse, cuidar del hijo, seguir con su carrera académica. Pero él estaba allí, compañero docente, con su machacona presencia y mirada hostigadora. Y, justificando que lo hacía por su bien, nunca dejó de considerarla la niña que enamoró y que ahora era incómoda. Nunca apartó de ella su sombra infantilizadora, cuestionaba todo lo que hacía, boicoteaba sus logros y avances, obstaculizaba que creciera.

Marina asumió responsabilidades académicas. Él, haciendo uso de su poder, estaba siempre como una mano lóbrega que movía hilos para hundirla, cualquier artimaña era buena para desprestigiarla, cualquier excusa era válida para cuestionar sus decisiones y disputar cada acción; ¡todo vale! Su posición le permitía presionar y manipular a quienes, siendo más vulnerables, ponían en marcha la rueda de las dificultades, engrasada con el miedo. Los compañeros y compañeras la querían, les gustaba su manera de hacer, pero no alzaron sus voces para denunciar el abuso de poder sutil y oscuro del otro, no la protegieron lo suficiente, no entendieron que la unión hace la fuerza y la dejaron sola en su lucha. ¡Qué perverso poder social y patriarcal!

Marina fue a diferentes instancias buscando apoyo. Quería denunciar lo que consideró acoso. Pero no había pruebas fehacientes

que pudieran demostrarlo. La creían, sí, ella se sintió escuchada y esto lo valoró mucho. Sin embargo, ¿cómo seguir? No quería dejarlo pasar, no quería que él se fuera de rositas, que no se desvelara la verdad. Y deseaba quedarse en paz, que la dejara brillar con esa luz propia que despedía, pero que lucía intermitente a tenor de su sombra.

Una llamada: Marina ha fallecido, se ahogó en su impotencia, en la injusticia de la que no conseguía escapar. Su última palabra: «¡maltratador!».

El nudo se instaló en la garganta de quienes no pudimos hacer nada por ella, la rabia habitó nuestras entrañas.

Aquel 8 de marzo quedó teñido del color de su pelo.

Marina (pseudónimo)

*era profesora de la US*







**Unidad para la Igualdad**  
Vicerrectorado de Servicios Sociales,  
Campus Saludable, Igualdad y Cooperación

**eus** EDITORIAL  
UNIVERSIDAD DE SEVILLA